

María Fasce

Un hombre bueno

XII PREMIO IBEROAMERICANO DE RELATOS «CORTES DE CÁDIZ»

C colección
CALEMBÉ



algaida



Un jurado presidido por el concejal de Cultura del Ayuntamiento de Cádiz, Alejandro Varela, y compuesto por Tomás Poveda Ortega, Eduardo Jordá, Sergio Galarza, José Manuel García Gil y Miguel Ángel Rodríguez Matellanes concedió a la obra *Un hombre bueno*, de María Fasce, el XII Premio Iberoamericano de Relatos «Cortes de Cádiz», patrocinado por la Fundación Municipal de Cultura del Ayuntamiento de Cádiz.

La colección Calembé es una iniciativa de la Fundación Municipal de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Cádiz, y se publica en coedición con Algaida Editores.

Director de la colección: José Manuel García Gil

Fotografía de la cubierta: *Alba*, Ricardo Quesada /
ig: @_mazamorra

© María Fasce, 2016

© Algaida Editores, 2016

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9067-475-8

Depósito legal: SE. 353-2016

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

A Pablo.
A Alejandra.

UN HOMBRE BUENO

LA CHICA, EL NOVIO Y SU AMIGO BAJARON A LA calle a ver a los manifestantes. El mapa de las Islas Príncipes con los horarios de los ferrys quedó sobre la mesa.

Yo había insistido en mantener el plan inicial del viaje a Turquía por dos semanas a pesar de la situación política: la represión de la policía, los gases lacrimógenos. Llevaba conmigo a mi padre de ochenta y dos años y a mi hijo de nueve. No sé cuál cuidaba del otro. Los dos cuidaban de mí.

Nuestros flamantes amigos turcos volvieron enseguida con los ojos brillantes.

—¿Es peligroso por aquí? —preguntó mi padre.

—No, aquí no. Pero conviene no acercarse a la plaza Taksim.

Nuestro hotel, el hotel de Londres, un hotel decadente donde se habían hospedado Graham Greene, Churchill y Agatha Christie, quedaba a unas diez cuadras de la plaza. Allí se reunían los manifestantes contra el gobierno, que había decidido construir un

gran centro comercial en la plaza y talar todos los árboles. También iba talando los derechos de la Turquía moderna que había construido Atatürk.

—¿Qué gritan? —pregunté señalando hacia la calle.

—Que la policía no debería atacar a la gente sino defenderla. Ayer murió un hombre, y quieren que el policía que lo mató vaya preso.

—¿Y ustedes qué piensan?, ¿qué va a pasar?

La chica, con su piel aceitunada y su corte de pelo parisino, me sonrió:

—Ahora no va a pasar nada porque no hay una clase política de recambio. Pero es un signo: un signo de que no pueden convertirnos en Irán, porque los jóvenes no vamos a permitirlo.

Me extrañó que hablara de ellos mismos como jóvenes. Lo eran. También eran bellos. Su novio me había dibujado las tres islas Príncipes en una hoja que arranqué de mi libreta. No era necesario contratar una excursión, había ferrys que salían de Kabatas a las 6:50, 8:30, 9:30, 10:30 —buscó los horarios en su iphone y los anotó junto a la silueta de las islas. La primera, Büyükada, no valía la pena; tampoco la última, Burgazada; pero Heybeliada era muy bonita. Podíamos pasear en un carro tirado por caballos, no había autos en la isla.

A sus espaldas, un heladero hacía malabarismos con las bochas de helado. Ponía el cono bocabajo y el

helado no se caía, luego lo hacía girar alrededor de la cabeza de una chica antes de dárselo.

—Quiero uno —dijo Marcos, y le di tres liras.

El amigo de la pareja me miraba. Tenía una camiseta amarilla de cuello en ve, y el pelo oscuro y largo, salpicado de canas.

—¿Y tú, a qué te dedicas? —hablaba un inglés perfecto, como los otros dos.

—Escribo.

Mi hijo regresó con su helado.

—Uf, tiene gusto a goma.

—Es porque lo hacen con un tubérculo que extraen de las orquídeas silvestres. Lo dice la guía. —Mi padre había leído la guía de Estambul en el viaje en avión. Subrayaba o marcaba párrafos con un lápiz, igual que yo hacía con mis libros.

—¿Y qué escribes?

—Novelas, cuentos.

—¿Sobre qué temas?

—Amor, en general. Todos los tipos de amor —dije. Parecía que hablaba de helados.

—¿Y terminan bien?

—Nunca.

—¿Y qué hay de tu vida? ¿Cómo son tus historias de amor?

—También son tristes. No tristes... Aburridas.

—Y aquí mismo podría estar empezando una, pensé. Era un diálogo ridículo, que sólo el inglés que no era

la lengua de ninguno de los dos hacía posible. Mi padre y mi hijo escuchaban, confiaba en que no entendieran.

—¿Nos vamos? —dijo Marcos.

—Sí, nos vamos.

—Son muy amables —les agradecí guardando el papel de las islas.

—Vivimos en el mismo planeta —dijo camiseta amarilla. Y allí se quedó, para siempre, frente a la torre Gálata.

Mi padre se puso la gorra, se acercó a la torre y lo seguimos.

—La construyeron los genoveses antes del descubrimiento de América —leyó en la placa de bronce. Su abuelo era genovés. Yo seguí leyendo:

—Un hombre diseñó unas alas especiales con las que voló desde la torre hasta el lado asiático, en homenaje al sultán, quien primero pensó en premiarlo, pero luego, temeroso de su arrojo, lo exiló en Argelia.

Regresamos al hotel escalando unas calles accidentadas donde los hombres improvisaban mesitas y taburetes para tomar el té.

Marcos fue a saludar al loro. Lo había llamado Príamo.

—Buenas tardes —me dijo el conserje poniendo nuestra llave sobre la mesa—. ¿Qué tal lo han pasado?

—Ah —dije—, habla español.

—Sí, tenía una novia en Alicante. Me gusta mucho España. Pero lo hemos dejado.

Me miraba. Era oscuro e intenso, con los mismos ojos del de la camiseta amarilla. No me gustaba él, pero me gustaba su mirada, igual a la del otro: como si te vieran sin ropa por un instante, y les gustara lo que ven.

Mi padre y mi hijo me alcanzaron en el mostrador.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el conserje.

—Marcos.

Luego volvió sus ojos hacia mí:

—Y tú Lara. Un bonito nombre.

—¿Cuál es el tuyo?

—Azimet.

—¿Qué quiere decir?

—El que llega a su destino.

—¿Ya has llegado?

Se rio, volvió a mirarme de aquel modo.

—No aún, no aún.

Iba junto al conductor, que había aceptado llevarnos a Sultanahmet por veinticinco liras, el precio que Azimet había fijado como razonable. Su brazo grande y peludo rozaba el mío. El taxi olía vagamente a sudor y a especias. Nos dejó delante de la plaza. Hacía muchos años, este lugar era el centro del mundo.

Visitamos primero la basílica de Santa Sofía. La habían convertido en mezquita en 1453. En España, había ocurrido lo contrario, eran las mezquitas las que se convertían en catedrales. Miramos el mosaico de Cristo entronizado, con la emperatriz Zöe y el emperador Constantino IX. La guía contaba que la figura del emperador correspondía al principio a la del primer marido de Zöe, y que luego fue sustituida por la imagen del segundo, y finalmente por la del tercero, Constantino.

—Ésa debe ser santa Sofía —dijo mi padre. No lo era, era la emperatriz Irene.

—Irene, como tu cuñada, mándale la foto por mail. ¿Y cuál será santa Sofía?

Me acerqué a un hombre que estaba apoyado contra una columna.

—¿Podría decirme cuál es la imagen de santa Sofía?

—No hay ninguna santa —me dijo muy serio—. Sofía quiere decir «sabiduría» en griego. Ésta es la iglesia de la «santa sabiduría».

Mi padre sacudió la cabeza desconfiado: «Voy a buscarla en la guía».

Visitamos la mezquita Azul, con su penetrante olor a pies sucios, a pesar de las abluciones de los hombres en la entrada. Y la cisterna de la basílica, con sus doscientas veinticuatro columnas hincadas en el agua y sus cabezas de medusa invertidas. Luego regresamos a Beyoglu para ver la ceremonia de los derwiches en el monasterio Mevlevi.

Marcos mira boquiabierto a los monjes que giran con sus túnicas blancas y sus bonetes cónicos. Cada tanto se da vuelta para ver mi expresión:

—Mira ése, el más bajito, cómo lucha con su bonete —le digo—. El pobre tiene miedo de que se le caiga y lo echen de la orden.

Se ríe, aliviado, y seguimos las desventuras del monje que se ajusta en vano el bonete.

Papá se remueve en su asiento, serio y callado, como si hubiera cometido una herejía y esperara su castigo, pero nosotros seguimos riéndonos del monje y su bonete que le tapa los ojos.

—Tu padre hace esto todos los meses —le digo a mi hijo, y procuro que mi voz no deje transparentar juicio alguno. Su padre es sufi, nos ha preparado una lista de mezquitas para visitar en Estambul.

Marcos lo llama al móvil mientras caminamos hacia el hotel. Le cuenta que vimos las cabezas de las medusas, y después, el baile de los sufis.

—Sí, mi padre hace algo parecido —me dice luego de colgar, como si admitiera un leve error en una máquina perfecta—. Pero muy relajado. Es un modo de expresarse.

»¿A vos no te gustan los sufis? —pregunta finalmente. Trato de elegir las palabras, de no mentirle.

—Me parece algo... muy alejado de nuestra forma de ser. Atatürk prohibió la orden —digo como si la opinión de Atatürk, cuya vida leímos brevemente en la

guía, validara la mía—. Es una fe que no se lleva bien con nuestra vida occidental. No se puede rezar cinco veces al día, hay demasiadas cosas interesantes para hacer. —Pero no estoy segura de que los sufis recen cinco veces al día, tal vez son sólo los musulmanes. Todos los sufis eran musulmanes pero no todos los musulmanes eran sufis, creo recordar que su padre había intentado explicarme.

Marcos empieza a llorar despacio, y luego, desconsoladamente.

—Pero eso no quiere decir nada, hijo. Vos no tenés que decidir ahora en qué vas a creer.

Sigue llorando. Mi padre se ha quedado atrás, comprando castañas. Lo veo insistir en que le rellenen más el cartucho.

Pongo mis manos en los hombros de mi hijo:

—Yo, a los dieciocho años iba a misa, aunque no creyera, para poner contentos a mis padres.

—No es lo mismo: tus dos padres eran católicos. Ustedes...

—Tu padre es sufi. Y yo... Yo soy atea. Como tú.

—No. Yo no sé qué soy.

—Sos agnóstico entonces: no sabés en qué creés. Como Borges.

Eso parece tranquilizarlo. Borges es un antepasado admirado por los dos, mucho más admirado que Atatürk, que no ha escrito ningún gran cuento.

Mi padre nos ofrece el cartucho de castañas. Sólo queda una, que se come Marcos.

Saco mi chal de la mochila que carga papá, para poder entrar en la mezquita nueva. Está manchado de algo rojo y pegajoso.

—Son las ciruelas del desayuno, que guardó el abuelo —dice Marcos, y se arrodilla fervorosamente.

—¿Por qué te arrodillás acá, y en las iglesias no?

—Porque en las iglesias no me parece que sea obligatorio.

También en ésta hay un intenso olor a pies. Los hombres, de rodillas, besan la alfombra. Mi padre permanece en una esquina, muy tieso, hasta que le hago señas de que salimos por la derecha.

Nos sentamos en una terraza, a comer un kebab.

—¿Vos pasabas hambre, de chico? ¿Eras pobre?

—Le muestro las ciruelas maduras y chamuscadas que mancharon mi chal.

—¿¡Cómo iba a pasar hambre! No... Era muy comilón. Mi padre no tenía dinero, pero vivíamos con mis abuelos, que eran ricos. Tenían una casa enorme. En el fondo había un gran jardín con una higuera. Y yo siempre comí mucho. ¿No te acordás de mis fotos?

—Me acuerdo de una: estás en Mar del Plata con una malla de pollerita.

—¿Y no te acordás de la de Punta Lara donde estoy comiendo un queso?

—Ésa no la vi nunca. —Se come el resto del kebab que he dejado en mi plato.

Nos ofrecen té. Es otra costumbre turca. Lo sirven en unos jarritos sin asa, de vidrio, sobre unos platos de porcelana blanca con motivos en rojo y dorado. También en los ferrys, los platos y las tazas vacías quedan apoyados en los asientos.

Cuando vuelvo del baño, mi hijo me dice al oído: «El abuelo se robó un platito».

Estoy con Marcos en el lobby del hotel, hablando con Príamo, el loro, y de golpe, vemos por la ventana una multitud corriendo con máscaras y pañuelos en la boca. «*Alle camere*», grita una italiana, y subimos las escaleras hacia las habitaciones, pero el gas nos alcanza. Nos arden los ojos y la garganta.

—¡Mi abuelo! —grita Marcos.

—El abuelo es médico —le digo, como si eso pudiera protegerlo.

Mi padre fue a misa. Hay dos iglesias católicas en Istiklal, y no sé a cuál habrá ido. ¿Habrá entrado ya, o lo habrán sorprendido los gases en la calle? Pienso qué hacer y me doy cuenta de que sólo puedo esperar.

Estamos los dos abrazados, la cara pegada al vidrio de la ventana de la habitación. Marcos llora desconsoladamente, por segunda vez en Turquía, como cuando lloraba porque su padre era sufi, o porque yo no lo era. Entonces suena el teléfono. Es Azimet, el conserje: «Ha llegado el abuelo».

Dejo a mis dos hombrecitos jugando a las cartas en el hotel para ir con Sedef, mi amiga turca, a Anatolia. Nos citamos delante del túnel. No estoy segura de reconocerla. Nos habíamos hecho amigas fugazmente, en un congreso de escritores en Madrid. Pero Sedef viene a mi encuentro y me abraza.

Tiene el pelo muy corto. Y va a cortárselo más aún, me cuenta tocándose la nuca. Le miro el vello en las axilas.

Lleva un vestido blanco corto y escotado y unos aros de caracoles que parecen hechos por mi hijo. Pasan dos mujeres de negro y la miran. No llego a descifrar sus miradas.

—Me han dicho que antes no se veían tantas mujeres con velo... —digo.

—No me preocupa el islam, sino los derechos cívicos: el derecho al aborto, a la libertad de prensa, a manifestarse.

Subimos al ferry. Sedef me lleva a la borda. El agua nos salpica y Estambul empieza a alejarse. Contengo la respiración: la mezquita Azul se oscurece y los minaretes se rodean de una luz anaranjada en la que vuelan las gaviotas. Sedef me mira, orgullosa.

—Los turcos de la parte europea decían que los de Anatolia eran ciegos, que no conocían la belleza porque no vivían en ese lado. Pero los de Anatolia decían que los ciegos eran los otros, porque sólo desde la distancia puede verse la belleza de Estambul.

Ahora sonrío, pero no me sonrío a mí. Se acerca un chico rubio. Conversan en turco. Sedef se pasa la mano por el pelo. Cuando llegamos al muelle, se despiden.

—Era un compañero del colegio —me dice—. Siempre estuve enamorada de él y no había vuelto a verlo.

—¿Y no se han dado el teléfono?

—No. —Vuelve a tocarse la nuca, como cuando me dijo que iba a cortarse aún más el pelo.

Comemos cada noche en uno de los Ficcin de la calle lateral al hotel que nos recomendó Azimet. Una cadena de pequeños restaurantes a lo largo de doscientos metros: los camareros van de uno a otro llevando platos. En uno de ellos funciona la cocina que surte a todos, en otro, el baño.

Marcos se ha enamorado de una camarera con grandes pechos y hoyuelos. La buscamos cada noche y nos sentamos en el local en el que ella sirve, uno distinto cada vez. También Azimet nos busca cuando termina su turno en el hotel. Se sienta a una mesa cercana a la nuestra, frente a mí. Alza su copa.

La camarera nos regala siempre un plato: un hojaldre de espinacas y piñones, humus, esos paquetitos de hojas de parra con carne y arroz dentro. Una noche que mi padre no nos acompaña, empeñado en

su cena de dátiles comprados en los puestos callejeros, nos regala un plato de berenjenas en escabeche, que dejamos intacto.

—Va a ofenderse —dice Marcos preocupado—, decile que soy alérgico a las berenjenas, que me sacan verrugas.

Ese sábado, sin embargo, pedimos que nos traigan la cena a la habitación. Los gases lacrimógenos llegan incluso hasta la terraza del hotel.

—Protestan los sábados porque no tienen nada que hacer —explica Azimet—. El problema es que el primer ministro no quiere que vayan a Taksim. Este hombre cree que puede decidir todo, con su ropa cara y sus modales. Se mete en la vida de la gente: que no fumen, que no beban, que tengan tres hijos.

Tres hijos. Mi padre sería un buen musulmán.

Papá ha vuelto a guardar ciruelas. Acabo de tirarlas. «¡Eran mi cena!», se quejó. Me ha dado tres mil euros antes de salir de Madrid, pero ahora quiere controlar cada mínimo gasto. Sigo rastreando las huellas de su tacañería, como Schliemann los restos de Troya. Pero insiste en que ha sido un niño feliz y bien alimentado.

En la cubierta del ferry, un vendedor perfora una naranja con un exprimidor manual de dos liras. «Ooooh», dice cuando sale el jugo. Y nos alienta como

un director de orquesta: todos repetimos «Ooooh». Lo diremos muchas veces los tres, riéndonos, a lo largo del viaje.

Otro vendedor, menos histriónico, vende un bastón que también puede funcionar como linterna. Cuesta diez liras.

Hemos viajado de Canakkale a Troya. «Y los vientos trajeron riqueza a Troya», dice el lema de la ciudad. Han dispuesto unas grandes velas blancas que nos cubren como un toldo y simulan para el turista la sensación de navegar. Sentimos el viento, el mar, la libertad.

La visita es breve, pero mi padre traspasa vallas, camina por sendas prohibidas en busca de más placas y explicaciones. No hay mucho que ver, además del caballo de madera en el que les tomo la foto, y las piedras amontonadas que placas y gráficos nos señalan como restos del mercado, o de la casa del rey Príamo.

Volvemos por un camino calcinado, mi padre siempre adelante, a gran velocidad, hasta la parada del bus.

—Andá más despacio, papá.

—Es porque voy en bajada —miente. Hasta Azi-met me lo ha dicho: «Qué rápido camina tu padre».

De Troya regresamos a Canakkale. De Canakkale, a la estación.